



CONSIDERACIONES SOBRE UN REFRAN

El que dijo por primera vez que «este mundo es un fandango y el que no lo baila un tonto», se conoce que sinó era un profundo filósofo como Tales, Platon, Pitágoras, Descartes y otros, era por lo menos un consumado pensador, de esos seres ensimismados que de puro reflexionar pierden hasta el hábito de hablar frecuentemente, para no dar tregua ni descanso á la máquina intelectual en sus analíticos é investigadores trabajos; se me antoja creer que así como el gran Balmes, el inmortal autor de «El criterio» ha establecido con el aplomo de su saber, que si estudiado el carácter y condiciones de cada hombre se le dedicas á aquello para qué había nacido, no habría en ningún ramo del saber medianías, del mismo modo si todos bailásemos el gran fandango social, todos, absolutamente todos, habíamos de hacer rápidos progresos en nuestras respectivas esferas; así es que yo, con la autoridad que tengo á bien darme yo mismo, porque de no ser así no hay un alma cristiana que lo haga,—dicho sea de paso,—no tengo inconveniente en establecer como verdad incóncusa cuando algún amigo me habla de que fulano ó zutano poco ha progresado, que podrá entrar en ello como parte infinitesimal, algo de su no muy brillante talento, algo de su especial carácter, un poco de su escasa simpatía en el trato, pero que la mayor parte de la culpa, casi un 90 por 100—como se dice ahora, aunque esté uno á mil leguas del mercantilismo—la tiene que no quiso ó no supo bailar el fandango social.

No se crean nuestros lectores ó lectoras que este antiguo y popular baile andaluz es peculiar de nuestro alegre pueblo en sus manifestaciones de regocijo; se baila, ¡vaya si se baila! en mil partes y á todas horas: los que entran en tan popular ejercicio pedestre son los afortunados; los que solo miran son los llamados tontos por nuestro incógnito autor del refran, que no creo fuese Sancho Panza, aunque esto no hace al caso, y confieso con harto dolor de mi corazón, que yo figuro en la línea de los mero espectadores y que por lo tanto soy un tonto. Hecha esta aclaración tranquilizadora para alguno que se encuentre en igual caso, por aquello de que «mal de muchos es consuelo de nosotros», es decir, de tontos, prosigo.

Estando yo en una capital de Castilla la Vieja, intímé bastante con un jóven ocurente, pero un tanto superficial, que despues de gastar á su padre un dineral para adquirir un título que no pudo pillar; despues de andar ocho años saltando y cayendo entre calabazas, tuvo la fortuna de tropezar con una credencial que le regaló el Diputado de su pueblo el día de su cumpleaños.

Pues bien, mi camarada, raro era el día que en la hora de la comida en nuestra fonda, no armaba una tremenda discusion en la cual se daba aires de profundo y nos dejaba á todos patidifusos; un día,

cuando mi compañero ya tenia entre nosotros plaza de erudito é instruido, abandonamos juntos la mesa y así penetré en su habitacion: la casualidad me hizo reparar en un libro abierto y colocado como si dijéramos boca abajo sobre su mesa; lo tomé y con asombro ví al cabo de poco que mi amigo nos había largado todo un capítulo del mismo; entonces ví que el tal jóven era aprovechado y que su reputacion de erudito era debida á bailar entre nosotros el fandango social á toda orquesta.

Mis salidas epigramáticas, una risa difícil de contener y ciertas bromas que le di, le hicieron echarlo tambien á idem, á título de que no le descubriera y vi en el tal compañero tan buenas facultades que todavía no me he curado del asombro que produjo en mi espíritu de tonto—segun el sentido del refran, entiéndase—el plan de fandango social, del que se prometía alcanzar ópimos frutos.—«Figurate, me dijo, que la vida es un conjunto de mentiras y apariencias,—y en esto ahora comprendo que llevaba razon porque buena prueba es lo que mi amigo *Linfático* me cuenta en su descripcion del viaje á Paris, de «Veinte dias»—y que, prosiguió, lo interesante es saber guardar las formas.—Por ejemplo, estás en una reunion; se toca un asunto del que no entiendes ni jota, pues bien, te preguntan tu parecer, y sin desconcertarte dices: «Señores, de eso hay mucho, mucho, muchísimo que decir, que no es cosa para tratarse tan á la ligera», y dando media vuelta desapareces y se quedan todos creyendo que no has querido molestarlos con un abrumador torrente de luminosas ideas nuevas.—Entretanto, yo estaba con la boca entreabierta.

Mi amigo continuó.—«Otra vez, en un círculo de recreo, puede alguno maliciosamente venirme con bromitas de que estás prosperando con rapidéz ó cosa por el estilo; pues bien, entonces el fandango social aconseja ó que le digas que llevas negocios de cuenta y mitad con su padre, ó bien que él no ha comido principio en su casa hasta que se casó con su actual muger, que segun noticias es riquita;—y así por este medio, pegando tajos y mandobles, siempre afable y expresivo, no te quepa duda, amigo mio, que se hace fortuna y que no le llaman á uno tonto porque no baile».

Cuando terminaba mi camarada su última palabra, mi boca que es regular, muy regular, se había ido abriendo de puro estupefacto, poco á poco, hasta tomar mas dimensiones que las de un pez Rape. Yo me proponia tambien fandanguarme á las mil maravillas para ver de adelantar, y cuando mi compañero se disponia á constituirse en maestro mio, mi traslado nos separó, y no volví á tener noticias suyas...

Dias pasados me lo tropecé de manos á boca, me abraza con efusion, y con efecto habia hecho gran carrera.

Yo á pesar de haber querido jalearme un poco

me he quedado muy atrás, y es que seguramente, aun bailando en este mundo el fandango, hay muchos que por aquello de «haber nacido para ochavo nunca llegan á cuarto»; yo soy de esos, á pesar de todos los pesares, y me contento con que por consecuencia de la desaparicion del cuarto y ochavo en el sistema monetario, ya se nos haya subido un puntito, porque ahora es fuerza decir, «que el que nace para *perro chico nunca llega á perro grande*. ¡Oh progreso, lo que puedes!!!

NOARIMA.

LAS CARRERAS DE CABALLOS

Sr. D. Manuel Romero.

Mas por dar una satisfaccion á sus niñas de usted, que tan disgustadas se muestran conmigo por haberlas llamado *cursilitas*, cuando yo creí que esa era ya una calificacion convenida, que por el placer de continuar esta discusion, cojo hoy la pluma.

En efecto, sus niñas de V. no tienen nada de *cursis*: son dos *polluelas*—y perdóneme V. la frase, que es verdaderamente *cursi*,—muy lindas y muy modositas. El domingo anterior tuve ocasion de verlas en el Muelle, y le aseguro á V. que no parecen hijas de su padre: valen mucho mas que V., y V. perdone. Son elegantitas y airosas, y aunque segun mis noticias tiene V. poco menos que abandonados á sus otros cinco hijos, alguno de los cuales carece de calzado para ir á la escuela, mientras que á las dos mayores, se le compran lazos y moños y perifollos; y si bien ellas no tienen la culpa, ni V. tampoco, debia V. hacer que su madre fuera mas equitativa y los tratara á todos con mayor igualdad, pues ya conoce V. el refran que dice—«cuando Dios llueve, llueve para todo el mundo».

Pero basta de preámbulo, y suponiendo que sus hijas de V. se darán por satisfechas con estas esplicaciones, entro en materia.

Si la equitacion es un ejercicio sano y altamente higiénico, ya tiene V. un argumento en pró de las carreras de caballos: si la cruza es el mejor medio para mejorar las razas, ya tiene V. otro argumento en defensa de las carreras: si es una diversion costosa, y que pone por consiguiente en circulacion, gran cantidad de numerario, ya tiene V. ahí otro argumento. Luego si ya tienen tres argumentos en su favor, ya es causa ganada.

Las carreras de caballos son de ligereza y resistencia: luego que llegue el dia que todos los caballos se destinen á carreras ó desciendan de caballos de carreras, todos serán ó ligeros ó resistentes: condiciones ambas indispensables en el noble bruto. El dia que solo haya caballos de raza, hasta para los trabajos mas insignificantes, entónces el fomento de la cria caballar, estará asegurado; pues todo propietario de una yegua preferirá cubrirla con un caballo de raza, á hacerlo con un caballo cualquiera, y quien sabe si el potro le ganará algun premio.

Hoy hay en España una gran cantidad de caba-

llos cuneros; el dia que se generalicen las carreras, no habrá uno solo, porque todos los propietarios querrán aspirar á un premio: de aquí mejora para la raza; y solo los caballos, que no sirvan para nada ó los muy viejos irán á la plaza de toros.

Un ejemplo: el dueño de una vacada tiene al año veinte ó veinticinco novillos: á los dos años los tienta. Aquellos que toman un número determinado de puyazos, quedan para plaza; los que no muestran igual valor, van al yugo. Pues lo mismo exactamente pasará con los caballos: el dia que todos sean de raza, harán sus pruebas, y los que no sean aptos para las diferentes luchas hípicas, servirán para otras cosas, pero dando siempre mejores resultados que el caballo cunero.

Las carreras abarcan hoy el peso, el salto, la ligereza, el trote, la resistencia, todo en fin, de modo que cualquiera que sea la mision á que se dedique el caballo, puede antes hacer sus pruebas en el hipódromo. ¿Está V. Sr. D. Manuel?

Otra cosa: ¿de dónde saca V. que yo prefiera el potro cordobés para paseo? Dios me libre, á pesar de todas sus bellezas. Lea V. mi réplica anterior, y verá V. como no he dicho semejante cosa.

¿Cómo puede V. sospechar siquiera que el caballo que ha servido para carrenas no puede servir para otra cosa? El único argumento que aduce V. es que despues de haber sido tratado á cuerpo de rey no podría avenirse á comer mal y vivir peor, privándose de la cerveza y de los palafreneros. Y dígame V. mi Sr. D. Manuel, ¿no se ha privado V. de muchas cosas y comodidades desde que está V. cesante, y vale mas que un caballo?—Crea V. que el caballo, como el hombre, como todos los animales, comen de lo que encuentran, y cuando están *cesantes* tienen paciencia, y comen lo que pueden, y viven como Dios quiere, como le sucede á los caballos de *fiacre*, en París, muchos de los cuales han corrido en aquellos hipódromos y hasta han ganado premios, de modo que este argumento, dado caso que lo fuera, sería contraproducente, puesto que hasta esa ventaja es mia.

Respecto á su anécdota, la encuentro muy bonita, pero ó no es exacta, ó los ingleses que fueron á Africa eran tontos: en primer lugar no se corre sin meta, y en segundo lugar, los ingleses debieron contener sus monturas en un principio, reservándolos en todo lo posible, para resistir hasta lo último, como harían los árabes, probablemente, pues si echaron todo el fuego en el primer arranque, demasiado se comprende que no podrían resistir mucho tiempo ni llegar muy léjos.

He concluido, amigo mio; si V. no se convence es porque no quiere, pero estoy seguro que si en vez de estar el hipódromo donde se encuentra, estuviera en Campanillas, y asistieran á las carreras sus dos niñas, entónces le gustarian á V., pues nada conmueve mas pronto á un hombre que la opinion de su muger y de sus hijas.

Quedo de V. affmo. S. S. Q. B. S. M.,

Nino.

ZARZUELA

Concedo que otra cosa hubiese agradado mas á la generalidad; pero la zarzuela tiene tambien sus atractivos. Lo que no concedo, y en esto me pongo desde luego al lado de la empresa de Cervantes, es que la formacion de la compañía haya podido ser mas escogida.

Aceptada la necesidad de traer zarzuela, que es discutible, tanto daba contratar esto como cualquiera otra cosa. Todo el mérito es relativo, y los nombres que la tradicion hace sonar mejor, son ya ruinas que ofrecen poco á los públicos.

No es esto decir que en la zarzuela sean malos todos los artistas; en nuestros mismos dias se han oido muy estudiosos cantantes á quienes el público ha aplaudido con sincero entusiasmo; pero Fábregas murió, la Maldonado calló, la Ramirez se fué, la Santamaría está destruida, Manuel Sans se agota, Prats busca dinero en el otro mundo, y todo el que puede desertar, deserta de la zarzuela, cuyos límites parecen ensancharse conforme se limita el número de los artistas.

Búsquese hoy una *gran* compañía de zarzuela. ¿Dónde? ¿En Madrid con Sans, Dalmau, Soler y Tormo? La otra de no sé que provincia, y que dirige Maximino Fernandez? Díganme Vds. lo que quieran, yo prefiero á la Toda con Cubas, Carratalá, Obregon y las Corro.

Los recursos para públicos como el de Málaga, no abundan en una empresa.

—¿Qué va V. á traer? preguntaron á esta.

—Ver...

—No, por Dios! Otra temporada de abono! ¿Quién resiste eso?

—Zarzuela?

—Uf! Y á quien va V. á traer?

—Vamos, traeré ópera.

—Eso es muy caro.

—Pues ustedes dirán.

—No, señor. Quien lo ha de decir es V. y nosotros nos reservamos el derecho de criticar y censurar y desacreditar todo lo que V. acuerde y disponga.

—Señores, esto no es razonable.

—Convengamos, si ustedes quieren, en que el género no sea de lo mas agradable. Pero esto, que tendria defensa si empresa y actores se decidieran á presentar, por ejemplo, todas las zarzuelas de Fernandez Caballero; esto no quita para que las circunstancias manden en éste como en otros muchos negocios, ni es motivo para que se castigue á la empresa por haber hecho cosas superiores en las últimas temporadas. Así llegaríamos al caso de que las empresas se sostuvieran siempre aquí en un término medio, á fin de no arriesgar la comparacion de lo excelente, que no puede ser continuado, con lo ordinario y corriente, que ha de ser lo mas general.

Tal vez haya quien crea esto un bombo al teatro; tal vez la empresa no agradezca elogios tan *analizados*; pero como yo, siempre inclinado á la concordia y á la benevolencia, no he de ajustar mi cri-

terio á lo que quieran los unos ni la otra, lo dicho queda dicho, y lo que se diga se meditará y se ajustará á la verdad y á la justicia.

Conque si ustedes no mandan otra cosa, me retiro, hasta mas ver.

PERTENERA.

Sra. D.^a Isolina Daigré.

Madrid.

Málaga 24 Setiembre de 1878.

Mi distinguida amiga:

Siendo costumbre ya admitida en todos los periódicos de modas, tanto españoles como extranjeros, establecer una seccion de correspondencias, en la cual las suscriptoras del mismo puedan consultar algunas dudas sobre trages, accesorios de *toilette* y de menage, etc., ruego á V. se sirva decirme si tendria inconveniente en encargarse de dicha seccion en el semanario MÁLAGA. En la imposibilidad de hacerlo por mí mismo ó de encontrar persona mas competente que V., no me he atrevido á anunciar dicha mejora hasta contar con su adquiescencia, que no dudo me otorgará.

En esta seguridad le anticipa las mas espresivas gracias y se repite de V. atento S. S.

C. Franquelo.

Sr. D. C. Franquelo, Director del MÁLAGA.

Madrid 30 de Setiembre de 1878.

Señor:

He recibido su carta, y me apresuro á contestarle, autorizándole á valerse de mí para la introduccion de esa mejora en su semanario; mejora que creo será muy conveniente. Pueden por lo tanto, esas señoras suscriptoras dirigirle cuantas preguntas deseen, en la seguridad de que serán atentamente replicadas.

Acepte V. señor, la seguridad de la distinguida consideracion de su afíma. S. S.

Isolina Daigré.

Desde hoy pueden las señoras suscriptoras del MÁLAGA dirigirnos cuantas preguntas se les ocurran respecto á modas, pues nuestra atenta correspondencia de Madrid, tendrá una satisfaccion en dejarlas complacidas.

¡A LOS TOROS!

Los aficionados taurómacos están de enhorabuena. Segun leo en los periódicos locales se preparan dos grandes y magníficas corridas de toros en nuestra plaza: una para el 20 de este mes; otra para el 10 del mes próximo: la una con toros de Arriba hermanos, de Sevilla, que tan alto están poniendo el pabellon de la ganadería; la otra con seis matadores de cartel.

El gusto, como se vé, no decae, y la aficion no se pierde.

Con que, á los toros!

Yo.

LA PAZ DEL MATRIMONIO



—¿Señora, usted ha quemado una carta, ¿de quién era esa carta?
—De esa suripanta que usted protege, señor mio!

CUESTION DE CUSTOS

Apostaría algo bueno, amable lectora, a que es V. morena, ¿verdad que sí? Pues esta cualidad por sí sola es ya suficiente título para merecer todas mis simpatías.

¿Qué quiere V.? Me enamora este color en las mugeres hasta el punto de creer que una morena con cabellos negros y ojos del mismo color, grandes y rasgados, es la obra mas acabada y perfecta de la naturaleza.

Unos ojos así son capaces de sentir y de inspirar todas las grandes pasiones, desde el amor mas intenso hasta el crimen: detrás de ellos se adivina el purgatorio.

«Si no me quieres me mato,»

dicen unos ojos negros;

y es verdad, porque los ojos negros no suplican, se imponen: los ojos negros inspiran respeto.

La muger morena adora ó aborrece; nunca es indiferente: si acepta el amor de un hombre, es necesario que aquel hombre se lo dé todo: si llega á aborrecerlo, desgraciado de él.

Si la muger morena es mala, es peor que las demás mugeres; pero si es buena, el sacrificio no es para ella mas que un deber.

Por otra parte, el gracejo de la muger morena, no se encuentra fuera de ese color; respondan de esta verdad todas las que han tenido la dicha de nacer bajo el hermoso cielo de Andalucía, donde la sal se derrama á puñados.

Buena prueba sea tambien de la primacía de este color sobre los demás, el que casi todos los cantares de la *musa popular* van dirigidos á ensalzarlo y enaltecerlo.

Una morena está en venta;

dicen los apreciadores:

«los ojos de esta morena

no se pagan con doblones.»

Y aquella otra que empieza:—«Morena la Virgen pura;»—y la que dice:—«Lo moreno lo hizo Dios,»—y qué se yó cuantas mas.

Decididamente, apreciabilísima lectora, tienes en mí á un partidario acérrimo de las morenas.

Sin embargo, cómo prueba de imparcialidad, bueno será dejar sentado que las blancas y rubias tienen tambien sus atractivos peculiares, que no merecen por cierto ser echados en olvido.

No serán quizás tan exageradas en las pasiones violentas como las morenas; pero en dulzura y sentimientos delicados es innegable que van mucho mas allá.

¿Y quién ha dicho que las rubias no sean capaces de amar como las morenas? Al contrario; si yo no fuera partidario de estas últimas, aseguraria que no solo son capaces de amar tanto, sino que tienen una cualidad de mas valía y es que saben amar mejor.

Casi, casi me dan tentaciones de volverme la cascaca...

Porque yo no niego los atractivos de unos ojos negros, grandes y rasgados: pero ¿pueden compa-

rarse estos atractivos, por muchos que sean, á los verdaderos encantos de unos ojos azules? Es cierto que los primeros dejan entrever las penas del purgatorio; pero en cambio los segundos prometen todo un cielo!

La muger morena adora ó aborrece; la muger rubia ama ó perdona: la primera, si es buena, puede llegar hasta hacer una obligacion del sacrificio; para la segunda el sacrificio es muchas veces un placer.

Por otra parte, las mugeres blancas y rubias son por lo general mas distinguidas y en este color se cuentan las mas hermosas del mundo; y si nó, ahí están las polacas que no me dejarán mentir.

No creo tampoco que el argumento de los cantares su ponga gran cosa cuando yo podría llenar algunos pliegos con las coplas que cantan las bellezas de las rubias.

«Me parece una diadema

la muchacha que yo adoro:

blanca como la azucena,

con los cabellos de oro.»

Y la que empieza diciendo:—«Entre la nieve y la grana—fabricaron tus megillas;—y aquella que concluye:—«aunque tengan soliman,—pelitos rubios yo quiero».

Amabilísima lectora: como despues de todo es muy posible que tú tambien lo seas, no tengo inconveniente en confesarte que decididamente me hago admirador de las mugeres blancas y rubias.

Perdon, lectora, si todavia no he dicho mi última palabra; pero en verdad que si las morenas valen mucho y las rubias tanto como las morenas, corresponden de justicia la preferencia á las que participen de ambos extremos. Benditas sean, pues, las mugeres de color moreno claro y cabello rubio oscuro!

FÁBIO.

PERTENERAS

Cuando á tí te estén haciendo los vestidos y las galas, á mí me estarán haciendo los carpinteros la caja.

Señor Alcalde mayor yo soy una americana que canta las perteneras al estilo de la Habana.

Ni la Vera-Cruz es cruz ni Santo Domingo es santo, ni Puerto-Rico es tan rico aunque lo ponderen tanto.

Yo ya no vivo en la calle donde usted me conoció que vivo en la plazoleta del desengaño mayor.

Las fatigas que se cantan son las fatigas mas grandes, porque se cantan llorando y las lágrimas no salen.

HADJI-LOYA

Tal es el nombre de uno de los jefes, quizá el principal, de los insurrectos bosnianos. *Hadji* quiere decir «peregrino», y designa en Turquía á los que han hecho el viage de Jerusalem ó de la Meca: en cuanto á *Loya* es una palabra del dialecto bosniano que quiere decir «sebo». *Hadji-Loya*, significa por lo tanto «peregrino seboso».

La historia de Hadji-Loya es una historia de aventuras: su nacimiento no es ilustre ni mucho menos; nació en Uskuben, en la Rumelia, de padres pobres, y estudió en el *medresé*,—academia gratuita, costeada por el Sultan,—de Andrinopolis y despues en el de Constantinopla, en calidad de *softa*,—sacerdote.—En su consecuencia sabe leer y escribir, lo cual es muy raro entre los aventureros otomanos; pero Hadji-Loya tenia mas gusto por la vida de bohemia que por la teología, y se hizo *derviche*,—especie de sacerdote turco, que hace voto de pobreza;—un *derviche* musulman es exactamente lo mismo que un fraile abisinio: la misma miseria, la misma aptitud beata é indiferente, la misma suciedad y abandono, lo cual le asegura una grande veneracion entre las masas.

Nuestro hombre, que llevaba entonces un nombre desconocido por completo, y cuyo recuerdo se ha perdido, emprendió en aquel tiempo su peregrinacion á la Meca, y se hizo *Hadji*. Veamos como llegó á ser *Loya*.

De vuelta de la Meca, Hadji se estableció sucesivamente en Salónica, despues en Serajevo, y se hizo fabricante de *czerpigdi*—alfaharero.—Un proverbio árabe dice «que no hay negocio malo para un musulman», pero concediendo que esto sea una verdad y que no pase como con los proverbios españoles, que hay para todos los gustos, tendremos que confesar que hay algunos que son bien poco lucrativos, y entre ellos está el de *czerpigdi*, que produce por término medio de dos á tres reales diarios. Con esto no hay, como comprenderán mis lectores, para sostener un *harem* ni mucho menos, máxime cuando se es casado.

Un día Hadji recibió como regalo cuatro libras de harina de trigo de un amigo cristiano, al cual habia hecho un pequeño favor. Hadji, que no comia siempre que queria, sino cuando podia, quiso tener un banquete opíparo con su muger.

El agua no falta en Serajevo ni la madera tampoco: la llanura que rodea la ciudad, cubierta de maleza, está á disposicion de todo el mundo; pero por desgracia no sucede lo mismo con la manteca: solo se dá en los bazares, pero es por dinero, y Hadji no poseia por todo capital disponible mas que medio real; ninguno de los negociantes del *Bazar* quiso venderle manteca por suma tan pequeña: entonces compró una vela de sebo, que valia justamente cuatro cuartos. Hadji, que se habia emborrachado con mas de un ruso y con mas de un circasiano, y que habia comido cosas algo peores, se hizo un excelente *kouskous*—guiso amasado con manteca,—con el sebo de la vela, y su muger y él se regalaron opíparamente.

La cosa se supo en el *Bazar* y todos los mercaderes y todos los vagos y todos los que allí vivian empezaron á llamarle «el peregrino seboso».

Hadji-Loya no se distinguia por su paciencia: sin embargo, disfrutaba de una gran reputacion de santidad entre sus correligionarios, sobre todo despues de llevar su puritanismo hasta el extremo de hacer circuncidar á su cara mitad, á consecuencia de lo cual estuvo á punto de morir, pero afortunadamente la salvó un médico prusiano, sin que se enterara su marido.

Hadji no podia soportar sobre todos, á los ortodoxos slavos, á quienes concluyó por odiar de tal modo, que mas de una vez, cayó sobre ellos á garrotazos.

Un día atacó así á dos novios que á caballo se dirigian á la iglesia para casarse: los arrojó de su montura, y allí se hartó de golpearlos: acudieron otros musulmanes y se pusieron á perseguir á los convidados. Los novios eran católicos: el cura se quejó al cónsul austriaco, quien hizo comparecer á Hadji delante de un tribunal otomano: tuvo que hacer mil excusas diciendo que se habia equivocado y que los habia tomado por griegos, de los cuales tenia derecho á vengarse por las mil miserias que le hacian.

Los que han vivido en Oriente saben en efecto cuan dura y miserable es esta poblacion, compuesta de usureros y prestamista á la semana. «No hay un solo musulman, decia Hadji, que en igualdad de circunstancias no hubiera regalado media onza de manteca á un pobre peregrino cristiano!»

Despues Hadji-Loya ha llegado á ser uno de los gefes de la insurreccion de Serajevo, y de aquí que pueda decirse que el saqueo de esta ciudad ha tenido por causa principal un festín amasado con sebo.

MAZOURKA.

(T. de la *British Review*.)

PASATIEMPO

CHARADA.

Es letra de poca estima

prima,

y preposicion que abunda

segunda,

planta de tierra extranquera

tercera;

y de una insigne carrera

es un grado distinguido,

de todos muy conocido,

prima, segunda y tercera.

TRES ERAN, TRES...

BORRÓN A LA PLUMA

POR C.

Señor D. Horacio Lengo

Mi distinguido amigo: mas de una vez he recreado mi mente con los preciosos *tipos* populares que ha pintado V. con la pluma, *tipos* que en nada desmerecen de los que sabe V. sacar de su paleta: *tipos* reales, vivientes, que se ven todos los días.

Yo que gusto de ese género de literatura, tan explotado en Francia, y con tanto éxito, por Edmond About en un género y Paul de Kock en otro, por Dickens en Inglaterra y por Blasco entre nosotros, veo con gran placer que comienza á desarrollarse en Málaga también, y me alegro de que sea V. uno de los primeros que tan felizmente lo propagan y difunden, porque V., amigo mio, tiene condiciones especiales para ello.

Hoy que me propongo crear uno, quiero que vaya protegido por su nombre de V., no porque yo lo juzgue bien bosquejado, que no llegan á tanto mis pretensiones, sino porque cubierto con esa égida, está mucho mas seguro de obtener la aprobacion del público.

Acepte V. pues, este modesto trabajo, y así será mayor la gratitud de su afmo. buen amigo

C.

PRIMERA PARTE

EUFRASIA

CAPÍTULO I.

D. Modesto Cienfuegos.

Cualquier asíduo parroquiano al Café de Madrid, durante el año de 1876, hubiera visto diariamente en una de las mesas del patio á un caballero grueso, mejor dicho, fornido y robusto, con el pelo entrecano y cortado al rape, bigotes en forma de cepillo, de esos que segun la espresion vulgar «rompen el vidrio», y fisonomía ruda, pero franca y abierta.

Este caballero entraba invariablemente en el café, lo mismo en invierno que en verano, á las siete en punto, y no se marchaba hasta las once, hora en que con una puntualidad cronométrica, abandonaba el sitio, dirigiéndose con paso lento y mesurado á su domicilio, situado en la calle de Jardines.

Jamás se le vió hablar con nadie ni saludar á un amigo ni conocido. El camarero solo sabia que se llamaba D. Modesto, y que hacia mas de un año que asistía puntualmente á la misma hora y á la misma mesa sin discrepar jamás un minuto en su llegada ó su salida; pero yo sé algo mas que el camarero, y eso es lo que voy á referir á mis lectores, trasladándome para ello á época muy anterior á la que comienza mi historia.

Se llama D. Modesto Cienfuegos, y era gallego Joven de veinte años tuvo que cumplir con la ineludible obligacion del alistamiento militar, y como sus padres no contaban con la cantidad suficiente para

librarlo del servicio, no hubo mas remedio que empuñar el *chopo*, y engrosar las filas del ejército.

Después de seis años de buenos servicios, le dieron su licencia absoluta, pero durante este espacio de tiempo habian muerto sus padres; la novia que dejara en el lugar se habia casado con otro, y sus amigos y conocidos lo tenian en el mayor olvido. Entonces decidió seguir defendiendo la patria con las armas en la mano, y para ello ingresó en el cuerpo de carabineros del reino, donde á fuerza de muchos años y buenos servicios, llegó á teniente.

Ya blanqueaba el dorado de sus dos estrellas, cuando supo el fallecimiento de un tio suyo, canónigo de la Catedral de Santiago, al cual no conocia ni recordaba, pero que le dejó una bonita herencia en fincas y sonoros patacones. Unido esto á sus ahorros, el bueno de D. Modesto juntó un capital muy decentito, que le proporcionaba una renta de cuatro mil quinientos ó cinco mil duros anuales, largos de talla.

D. Modesto Cienfuegos pensó en el retiro, no solo tenia asegurada su vejez, sino que ya estaba cargado de tantas costas y resguardos, de tantas malas noches y de tanto alijo y contrabando.

Pidió, pues, su retiro; lo obtuvo y se fué á vivir á Madrid, donde compró una casita, cuyo piso segundo ocupaba, alquilando los demas, y poniendo el resto de su capital en acciones del Banco de España, escepto una hermosa hacienda en Pontevedra, herencia del canónigo, que habia dado en renta á unos honrados labradores, que le pagaban religiosamente.

D. Modesto no sabia que hacer de su tiempo y se habituó al café. Hombre metódico por temperamento, no tenia vicio alguno conocido, y así, que dedicó sus mañanas á pasear, sus tardes á leer ó escribir, y las noches al café, donde se distraía con ver entrar y salir las gentes. Jamás se le habia oido regañar con nadie; y segun me dijo su asistente, en la guerra de Africa se habia portado como un leon, consiguiendo que el General O'Donnell, que lo habia visto batirse, lo condecorase sobre el campo de batalla con la cruz roja del mérito militar. Un dato sobre su carácter: nunca habia jugado al billar, lo cual es sumamente extraño en un oficial de ejército y mucho mas habiendo sido sargento.

El modo de tomar café D. Modesto era muy curioso, y digno por lo tanto de ser referido á mis lectores.

Apenas entraba en el establecimiento se apresuraba el mozo á servirle de la manera siguiente:—en el vaso destinado al café,—pues D. Modesto tomaba siempre el ultramarino producto en vaso,—ponía unas gotitas de rom; luego lo llenaba de leche como unas tres cuartas partes, y después echaba el café, haciéndolo desbordar abundantemente en el platillo, que se llenaba á su vez. En el vaso destinado al agua ponía también unas gotitas de rom, lo llenaba hasta la mitad de leche y lo completaba con agua. Distribuía equitativamente el azúcar entre ambos vasos, salvando, sin embargo, un terron, para luego; y el bueno del hombre comenzaba una de sorbetes, empezando por el platillo y concluyendo por el vaso de agua y leche, que nunca duraba menos de una hora.

(Continuará)